



CÁPSULA 4

El Espíritu Santo, fuente de Santidad

¿Que entendemos por Santidad?

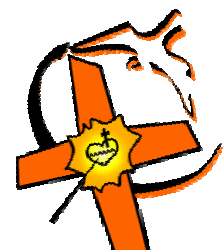
Antes de entrar en el tema de la santidad será bueno entender qué significa esta palabra si queremos verdaderamente penetrar en su sentido más profundo. En el Antiguo Testamento la palabra “santo” proviene del hebreo “Kadosch” que significaba ser elegido y separado del resto del mundo y destinado al servicio y al culto de Dios. El pueblo de Israel se conocía como santo por ser el pueblo de Dios. SANTO significa, pues, CONSAGRADO; es decir, todo lo que entra en una relación particular con Dios, después de haber sido separado de todo lo demás.

“Sean santos... porque Yo, el Señor, soy santo” (Lev 19,2; Mt 5, 48), la santidad de Dios identificaba su separación de todo lo malo. El Padre celeste, que es Santo, quiere darnos lo que es, su santidad. Él es santo y nos hace santos. Jesús es Hijo de Dios y nos hace hijos de Dios. Nuestro Padre nos creó para ser un reino de sacerdotes y una nación santa:

“Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a Mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.” (Exodo 19, 4-6)

Con estas palabras que Dios dirige a Moisés, se abre el relato de la alianza del Monte Sinaí. Estas palabras presentan todo lo que Dios había hecho, es decir, la creación del mundo, la Pascua, la liberación de Egipto, todo tenía la finalidad precisa de establecer con el pueblo una alianza y hacer de él una nación santa. La santidad del pueblo se nos presenta como la finalidad y el contenido de la Historia de la Salvación. El ideal de la santidad se transmite así de Israel a la Iglesia, del antiguo pueblo al nuevo pueblo de Israel, a cada uno de nosotros, miembros del pueblo sacerdotal

Para muchos de nosotros bautizados la santidad se presenta distante y ajena, como un ideal muy digno y admirable, pero lejano e inalcanzable. Existe en nosotros sí, una profunda veneración y respeto hacia aquellos hombres y mujeres que hicieron de su vida cristiana un testimonio heroico de virtudes, como lo fue la vida de nuestra querida Conchita, pero también



en ocasiones los percibimos como seres elegidos, predestinados a experimentar las altas cumbres de unión con Dios y que tal vez no tengan mucho que ver con nosotros: *"SED PERFECTOS como mi Padre Celestial es perfecto, (...) ¿Y sabes en qué consiste esta altísima perfección para el hombre? En amarme como mi Padre me amó" CC 25,187-195*

SER SANTOS, más que un mandato debería ser para nosotros un privilegio, un don, una gracia. No es, como podría parecer, una obligación superior a nuestras fuerzas, que el Señor carga sobre nuestras espaldas, no, sino una herencia paterna que quiere transmitirnos. El motivo fundamental por el cual debemos ser santos es que Él, nuestro Dios es Santo. Es una especie de herencia que los hijos debemos asumir de nuestro Padre. Del mismo modo que cada padre o madre desea transmitir a su hijo, junto con la vida, lo mejor que tiene, así el Padre celeste, que es Santo, quiere darnos lo que es, su santidad.

El Concilio Vaticano II nos recuerda una verdad fundamental, siempre presente en la vida de la Iglesia pero que hoy en día adquiere una especial resonancia para los hombres y mujeres de nuestro tiempo: *"Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre" (Lumen gentium, 11).*

Este anhelo de santidad del que nos habla la Lumen gentium es parte fundamental de la identidad de los miembros de Alianza de Amor. Como personas comprometida en esta Obra necesitamos abrazar vivamente este deseo de santidad, esforzándonos día a día en hacer de nuestra vida una entrega amorosa al Padre; experimentando desde el centro mismo de nuestra Espiritualidad, una necesidad de unión íntima y amorosa con el Sagrado Corazón de Jesús.

Esta santidad a la que estamos llamados no es una santidad de actos extraordinarios, sino todo lo contrario, Conchita nos invita a *"una santidad oscura como entre tinieblas, de modo que sólo Dios la vea" CC 10,18:19*. Para Conchita pureza, sacrificio y santidad son una triada indisoluble: La pureza *"es el cimiento de la santidad, porque con la pureza se ve a Dios, se siente a Dios y se comunica a Dios" CC 53,66*

¡Todos estamos llamados a ser santos! Dios mismo *"nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor" (Ef 1, 4)*. Éste es el camino de plenitud al cual nos invita el Señor Jesús: *"Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt 5, 48)*.

No basta, pues, con ser buenos, con llevar una vida común y corriente como todo el mundo, sin hacerle mal a nadie. Jesucristo nos invita a conquistar un horizonte muchísimo más grande y pleno: la gran aventura de la santidad - *"Porque ésta es la voluntad de vuestro Dios: vuestra santificación" (1Tes 4, 3)*.

Ésa es la grandeza de nuestra vocación y a lo que estamos especialmente llamados todos los miembros de Alianza de Amor: Conchita nos lo expresa con palabras de Jesús:



*“Quiero hacer renacer el fervor de los primeros cristianos pero esto sólo puede verificarse por la Cruz, por el renunciamiento hecho por amor, por el espíritu de sacrificio, sólo infundido por el Espíritu Santo!” “Quiero almas sedientas de perfección (...) Quiero que el Espíritu Santo posea a las almas todas” CC 33/225-236. De ahí la importancia de nuestro lema: **“¡Vencerse! Para alcanzar la santidad”** Fuentes p.18*

El Espíritu Santo nuestro Santificador

Con esta perspectiva, la santidad más que una pesada carga debe aparecer ante nosotros como un apasionante desafío. Se trata de un largo camino por recorrer, no exento de dificultades, un proceso largo, una estira y afloja entre Dios y el hombre, hasta que nos entregamos totalmente a Él y permitimos que el Espíritu Santo haga su obra en nuestras vidas.

Es una verdad: SER SANTOS no es algo fácil, nunca lo ha sido. Pero tampoco se trata de algo imposible, pues es la fuerza de la gracia que nos da el Espíritu Santo lo que nos guía y nos sostiene en esta lucha. El camino hacia la santidad, sin lugar a dudas, nos llevará hacia la plena transformación en Cristo, Sacerdote y Víctima. En palabras de San Pablo: se trata de llegar *“al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo”*.

Esta transformación es un proceso dinámico y progresivo durante toda nuestra vida, mediante el cual llegamos a ser cada vez más hijos en el Hijo, hasta alcanzar la perfección del amor. Este proceso solo será posible con nuestra libre y activa cooperación por medio del Espíritu Santo. Y aquí necesitamos detenernos para puntualizar esta realidad, para enfatizar que es solo con el poder del Espíritu Santo que podemos renovarnos interiormente, es el Espíritu Santo quien destruye el pecado y realiza la santificación en el hombre, es Él quien transforma nuestros corazones; Él es el principio de vida nueva, es Él quien nos transforma en Cristo y nos hace partícipes de su vida. *“Dios nos ha escogido desde el principio para la salvación mediante la acción santificadora del Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts 2, 13)*.

Por lo tanto nos debe de quedar muy claro que es solo por medio del Espíritu Santo y no solo con nuestras fuerzas o mediante un ejercicio personal de auto-perfeccionamiento, que podremos responder a la vocación a la que hemos sido doblemente llamados, por nuestra vocación de laicos y por nuestra vocación en Alianza de Amor: a ser *“santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (Ef. 1,4)*.

¿Como lograr vivir y obrar según el Espíritu Santo?

Seguramente habremos de preguntarnos ¿como poder vivir y obrar según el Espíritu Santo, para adentrarnos en nuestro proceso de santidad, para poder lograr una estrecha unión con el Sagrado Corazón de Jesús?



La presencia del Espíritu de Cristo en nosotros exige de nuestra parte una respuesta que corresponda al don que hemos recibido en nuestro bautismo y al compromiso realizado en Alianza de Amor. Para ello primeramente debemos aprender a hacernos dóciles a la acción del Espíritu, de modo que podamos vivir y obrar según el Espíritu.

En segundo término, requiere de nuestra cooperación libre y activa. No basta con decir "*Señor, Señor*" (Mt 7, 21). Es necesario que realicemos un esfuerzo serio y responsable por corresponder a los dones que Dios nos ha otorgado, despojándonos de todo aquello que impide al don de la reconciliación fructificar en nosotros, buscando reordenar nuestras facultades y capacidades, revistiéndonos de los hábitos y virtudes necesarios para llevar a término el Plan de Dios en nuestra vida por medio del Espíritu Santo.

Jesús nos da muchas luces a través de Conchita: "*Es la confesión, un sacramento que Yo amo mucho, por entrar en ella muy de lleno la Redención y mis infinitos méritos, alegrando al Padre con mil gloriosas conquistas. Ahí esta la semilla de la santidad...ahí se opera la fecundación del Padre y del Espíritu Santo, dando nueva vida a las almas, porque siempre las absoluciones sacramentales, no solo borran las manchas del alma, sino que le dan vida con la substancia de mi sangre redentora.*" CC 25, 307

De lo dicho anteriormente se desprende claramente que no podremos vivir la vida nueva, ni dar fruto de santidad si no nos tomamos en serio nuestra relación con el Espíritu Santo, abriendo los campos de la gracia por medio del sacramento de la confesión, en donde Él trabaja silenciosamente en nuestra transformación.

Nuestra vida en Alianza de Amor no puede admitir una relación con el Espíritu que sea pasiva, fría o despreocupada. ¡Todo lo contrario! Hay que trabajar para que nuestra relación con Él sea intensa, apasionada y comprometida. El fuego del Amor divino debe arder en nuestros corazones como ardió en el Corazón de la Virgen María, y esto no será posible si no nos esforzamos en construir todos los días un lugar interior, sostenido por el Espíritu, alimentado por los sacramentos y la oración, orientando nuestras acciones en favor de nuestros hermanos.

Pero no nos confundamos, ser hombres y mujeres espirituales no consiste, como nos dice el Santo Padre Benedicto XVI, «*en llegar a ser casi "inmateriales", desencarnados sin asumir un compromiso responsable en la historia. La presencia del Espíritu Santo en nosotros, lejos de llevarnos a una "evasión" enajenante, penetra y moviliza todo nuestro ser: inteligencia, voluntad, afectividad, corporeidad, para que nuestro "hombre nuevo" impregne el espacio y el tiempo del anuncio evangélico*»

¡Ser Santo es posible!

Pero, ¿es posible ser santo, ser santa? ¿Cómo es posible ser perfectos como el mismo Padre celestial es perfecto? ¿Cómo es posible ser santos como Dios es santo, si lo que constatamos tantas veces es nuestra propia fragilidad, nuestra debilidad ante la tentación, el volver a caer



una y otra vez en "los mismos pecados de siempre", a pesar de nuestros esfuerzos, la dificultad para vencer hábitos que nos hacen propensos al pecado, el hacer el mal que no queríamos y dejar de hacer el bien que nos habíamos propuesto hacer? Todas estas preguntas rondan nuestra mente e inquietan nuestro corazón.

Ha dicho el Señor y en Él hemos de confiar: lo que para el hombre es imposible, es posible para Dios por medio del Espíritu Santo. ¡Sí! la santidad es ante todo una obra de Dios en nosotros, que ciertamente requiere de nuestra cooperación, por ello no debemos dar cabida al escepticismo o la desesperanza, ni tampoco necesitamos pretender ser una persona "excepcional". Recurramos frecuentemente al sacramento de la reconciliación y al buen consejo en la dirección espiritual. Tengamos siempre en mente que **¡Sí se puede!** que **¡Si podemos realmente llegar a ser santos,** no sólo con nuestra voluntad, sino **en la medida que permanezcamos unidos al Señor por medio de su Espíritu!**

Por lo tanto vivamos cada día con un ardiente deseo de santidad, pidiéndoselo al Espíritu Santo con terca insistencia, cada mañana y renovándolo en los diversos momentos de nuestro día.

En marcha hacia la Santidad

El deseo nos dará el impulso necesario para ponernos en marcha. Pero en muchas ocasiones es justamente el ponernos en marcha lo que más nos cuesta como cristianos, nos hace falta esa fuerza, esa moción que nos ofrece el Espíritu Santo y a la cual muchas veces nos cerramos sin darnos cuenta. Efectivamente primero está el querer la santidad para mí, pero luego hay que dar los pasos necesarios en dirección a la meta anhelada, **¡hay que pasar a la acción decidida!**

Mientras más intenso y serio es el deseo de ser santo, más decididos y sostenidos serán los pasos que necesitamos dar. Eso implica tomarse un tiempo para pensar, planificar, establecer metas a corto, mediano y largo plazo, proponiéndonos medios concretos, elaborando un plan de vida para alcanzar esos objetivos y avanzar poco a poco hacia nuestra meta de santidad. Un plan de vida espiritual, así como un tiempo fijo establecido dentro de nuestras actividades propias para la interiorización y oración son importantes cómo instrumentos básicos en nuestro camino hacia la santidad, de allí la importancia de abrirnos espacios para alimentar nuestra relación personal con el Espíritu Santo.

Pero no solo basta con ponerse en marcha y contar con un plan de vida espiritual, sino que además **¡hay que perseverar en ello!** Esto nos implica un esfuerzo sostenido, constancia, tenacidad y no pocos sacrificios, implica también levantarse inmediatamente cada vez que se cae para seguir la marcha. De nada sirve arrancar como un caballo de carrera y abandonarla a la mitad. Es necesario perseverar en la lucha con paciencia. Conchita sabiamente nos aconseja: *"Para llegar a lo mucho hay que empezar por lo poco, nadie es perfecto en un día"*



Debemos evitar la autocomplacencia, considerar que ya no tenemos nada que cambiar ni mejorar, ni sanar, ni en que crecer, que todo está bien o que simplemente ya no se tiene edad para cambiar. El Espíritu Santo ilumina a todas las almas por igual y cuánta más luz hay en nosotros, tanto más nos muestra lo que tenemos por sanear.

Santos en medio del mundo

El santo de nuestro tiempo es aquel que vive su vida ordinaria con tal intensidad, que hace de ella un culto agradable a Dios, “haciendo las cosas ordinarias, con un amor extraordinario”, dando un testimonio del amor de Cristo en medio del mundo.

El Espíritu Santo nos impulsa a reconocernos de su propiedad. Nos impulsa a vivir como laicos comprometidos dando testimonio de Cristo con nuestra vida, en la calle, en el trabajo, en el hogar, en el colegio, en el club, en la política, o donde fuere; nos impulsa a ser testigos suyos en todos los ámbitos, en donde podemos transformar las situaciones de dolor y pecado que nos rodean...y cuantos campos están esperando nuestra respuesta.

El hombre y la mujer de Alianza de Amor necesitan descubrir en la transformación de las realidades temporales un campo fértil para la realización personal de su apostolado. Según el estado de vida, su presencia y compromiso en medio del mundo debe traducirse en acción transformante por medio del amor, del servicio, de la entrega al más necesitado. Nuestro compromiso hecho en una alianza de amor con Jesús debe manifestarse en el silencio de las actividades ordinarias de cada día, en el ofrecimiento de nuestras vidas unidas a la de Cristo Sacerdote y Víctima, en el consuelo al Corazón de Jesús con el rechazo del pecado propio y del mundo, llevando el amor de Cristo a los demás con pasión por salvar almas y glorificar al Padre.

Ánimo, ánimo!!! Demos un renovado sentido con nuestra vida al clamor de Conchita:

Jesús Salvador de los Hombres, ¡Sálvalos, Sálvalos!

Experimentando día a día nuestra vocación a la santidad que resume nuestro lema:

“¡Vencerse! Para alcanzar la santidad”...pues sin duda alguna

“Todo lo podemos en Dios que nos fortalece” (Flp 4:13)



DINAMICA EN COMUNIDAD

EN FORMA GRUPAL BUSCAR ESTAS CITAS BIBLICAS Y REFLEXIONAR EN ELLAS:

- Todos estamos llamados a ser santos: Lev 20, 26; Mt 5, 48; Ef 1, 4; 1Tes 4, 3; 1Pe 1, 15-16.
- La santidad es camino de plenitud: Dt 30, 9; Sal 128(127), 1; Mc 10, 29-30; Rom 8, 1-2.11; 1Cor 1, 4-8.
- Exige nuestra activa cooperación: Jer 17, 1; Jer 31, 18; Zac 1, 3; Mt 7, 21-27.
- La santidad consiste en transformarnos en Cristo: Rom 8, 29; Gál 2, 19-20; Ef 3, 17-19; Flp 1, 21; Flp 3, 7-14.

PREGUNTAS PARA RESPONDER PRIMERO EN FORMA INDIVIDUAL Y LUEGO PARA COMPARTIR EN GRUPO :

1. ¿Cómo vives tu llamado a la santidad?
2. ¿Cuáles son tus principales obstáculos en el camino de santidad?
3. ¿Que acción concreta o plan puedes realizar a partir de hoy en tu proceso de santificación?
4. ¿Que actitud nueva tendrás en tu relación con el Espíritu Santo que te ayude en tu proceso personal hacia la santidad?

ORACION CONCLUSIVA:

Pidámosle al Espíritu Santo, fuente de dones y dador de vida, que nos conduzca hacia la santidad. Pídele al Señor que te llene con su Espíritu.

Padre en el cielo, te agradezco tu inmenso amor por mí permitiendo que tu Hijo muriera en la Cruz por mí, pecador.

Jesús mi Salvador, te agradezco por cargar con mis pecados y miserias en la Cruz y enviar tu Espíritu Santo sobre mí.

Señor, Espíritu Santo te agradezco por venir a mí y hacerme un hijo de Dios Padre y un hermano de Cristo Jesús.

Señor, Espíritu Santo siento mucho los pecados cometidos por no haberme rendido a tu acción poderosa. Me arrepiento de todo corazón y acepto a Jesús como el único Señor de mi vida. Dios, Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, para poder pertenecer enteramente a Ti, yo te consagro ahora, mi cuerpo y mi alma, mi entendimiento y todo mi ser, mis pensamientos y deseos, mis palabras y hechos, mis alegrías y tristezas, mi vida y mi muerte.

Gobierna sobre mí, ¡Oh Espíritu de amor! lléname, santifícame, fortaléceme y guíame.
(repetir 3 veces)

